



*Darí­a la mitad de mi fortuna por un minuto de paz* –dijo una vez un multimillonario. Y no andaba tan desubicado. Sin paz se puede tener todo menos felicidad. Quizá por ello, la filosof­ía y la espiritualidad han buscado siempre y tenazmente, sobre todo en el interior mismo del hombre, las fuentes de la paz; algo así como el eslabón perdido de la felicidad.

Según la sabidur­ía griega, en su vers­ión estoica, la paz se halla en la «imperturbabilidad» (*ataraxia*), como resultado natural de una vida virtuosa y ajena a las pasiones insanas (*apatheia*). Para el budismo, en cambio, la paz est­a en el «nirvana»: esa serenidad inquebrantable que brota al extinguirse el fuego del deseo, la aversi­n y la desilusi­n.

El mundo contempor­neo, tendencialmente hedonista, ha hecho de la paz una mercanc­a lucrativa, cuyos ingredientes b­asicos son la seguridad y el bienestar. «Si quieres paz –anuncian las agencias– te vendo protecci­n, alarmas, seguros de vida, p­olizas contra robo e incendio, chequeos m­edicos y hermosas playas solitarias».

El cristianismo tiene una visi­n diferente. Su novedad est­a en que la paz no es ni s­olo interior ni s­olo exterior. Ni es mercanc­a que comprar, pues la paz no tiene precio; ni es tampoco resultado de una ascesis interior hasta lograr una voluntad refractaria a cualquier tipo de pasi­n o deseo. La paz es un don; un regalo que Jes­us da a sus disc­ipulos: «La paz os dejo; mi paz os doy» (Jn 14, 27). En cuanto don, viene de fuera; pero en cuanto fruto de la presencia de Jes­us en nuestro coraz­n, es algo muy interior, íntimo, capaz de desafiar cualquier circunstancia externa.

La paz que da Jes­us est­a tejida de fe, de confianza, de aceptaci­n de la propia vulnerabilidad, de abandono en la Providencia, de perd­n dado y recibido. Estas actitudes engendran paz porque, en el fondo, ordenan el coraz­n: restablecen equilibrios perdidos y ponen de nuevo cada cosa en su lugar. San Agust­n defin­a la paz como la «tranquilidad del orden». S­olo Jes­us, con su

Presencia viva en nuestro corazón por la gracia, nos reconcilia con Dios, con los demás, con nosotros mismos y con las demás criaturas, y así pone en orden nuestro corazón; lo pone en paz.

Pero este don de la paz pide nuestra colaboración. Exige que vigilemos el corazón y evitemos pensamientos, deseos o actitudes que roban la paz. En nuestra situación actual de seres inclinados al desorden por el pecado original, por paradójico que parezca, la paz exige lucha. Es preciso pelear contra la soberbia, la ambición excesiva, los deseos impuros, las vanidades, las susceptibilidades, las envidias, los resentimientos, los miedos infundados. Nuestro corazón es un campo de batalla. En él se acepta o no a Jesús y, en consecuencia, en él se gana o se pierde la paz.

La Virgen María, Madre de Jesús y Madre nuestra, ha sido siempre una gran pacificadora de corazones. Porque su Corazón Inmaculado, en perfecto orden, es un yacimiento profundísimo de paz. Basta meditar las dulces palabras que dirigió a Juan Diego en la ladera del Tepeyac: «Oye y ten entendido, hijo mío, el más pequeño, que es nada lo que te asusta y aflige. No se turbe tu corazón... ¿No estoy yo aquí que soy tu Madre? ¿No estás bajo mi sombra? ¿No soy yo tu salud? ¿No estás por ventura en mi regazo? ¿Qué más has menester? No te apene ni te inquiete otra cosa» (*Relato del Nican Mopohua*).

No hace falta la mitad de una fortuna para comprar un minuto de paz. Basta que nuestro corazón crea y acepte cada día el don de Jesús, y la tendrá toda la vida.